

hasta desear sacrificarnos por Él. Pero María no ha recibido esta herida: al salir de la nada, la ha protegido Dios con una egida impenetrable á las flechas del enemigo; el primer vuelo de esta paloma inocente es tan veloz, que pasa de cuanto existe por tiempo limitado, y se encumbra á una region inaccesible á otro que á María; el trono de Dios es su nido, donde descansa; se le descubren las bellezas increadas, las contempla, se enamora de ellas; ¡ah! ¿qué podrá ver María en el mundo que merezca ser comparado con lo que Ella ha visto desde el momento de su creacion? ¿Habrà en su corazon algun seno donde pueda abrigarse algun afecto terreno? ¿Podrà decir con San Pablo que reputa por estiércol cuanto hay en el mundo, en comparacion del Sér divino? No ciertamente. ¿Sabeis por qué? Porque María tiene su corazon tan lleno del amor divino, y su vista tan fija en la hermosura infinita, que no puede ni aún volver la vista á examinar los objetos visibles; la comparacion entre la posesion de la criatura ó del Criador, no cabe en su alma; su albedrío no tiene la imperfeccion de inclinarse á lo malo y preferirlo á lo bueno; con la más extensa libertad ama á Dios; pero esta libertad, semejante á la que tienen los Santos en el cielo, apénas puede propender á querer poseer otro objeto que no sea el mismo Dios, por haber conocido ámpliamente toda su bondad y hermosura.

En efecto, amados míos; todas las operaciones de esta niña manifiestan que ama á Dios por sí mismo, y á las criaturas por respeto á Dios. ¿Hay acaso en la naturaleza amor más ordenado que el de los hijos para con los padres? ¿No está mandado por el mismo Dios, como fundado en razon y justicia? Sí; pero este amor sagrado pasa á ser profano cuando no está circunscrito á los límites que Dios le ha prescrito. «El que ama á su padre ó madre más que á mí, dice la Verdad eterna, no es digno de mí.» «El que quiera venir en pos de mí, añade el mismo Verbo

divino, deje á su padre, á su madre, á sus deudos y hermanos, niéguese á sí mismo, y tome su cruz.» De aquí es que cuando el amor á nuestros padres impide que nos unamos al Sér divino, debemos desechar aquél y abrazar éste; de aquí es que si el hombre se ha consagrado á Dios en las aras del amor divino, debe renunciar á los cariños paternales para cumplir sus promesas con que se ha ligado; este amor es grande, es heróico; pero ¿es acaso impracticable, como pretende la falsa razon filosófica, la carne corrompida y el mundo engañoso? No, ciertamente; María nos lo enseña con su ejemplo; aún no ha cumplido tres años; acaba de recibir apénas la primera instruccion del hombre; llega para Ella aquel período feliz de la vida humana, período de cariños y ternuras, años en que el hijo es el ídolo de sus progenitores, siendo el amor y ternura tanto mayor, cuanto más adornado se encuentra éste de gracias y bellezas. ¡Ah! Sacrificar estos cariños en los años juveniles, privarse de la amable compañía doméstica por adquirir pujanza intelectual en un Seminario de ciencias, es accion insignificante, porque abandonamos entónces una dicha que conocemos á medias, por un porvenir grandioso y halagüeño que nos hace superiores, no sólo á las dulzuras, sino á las fatigas; renunciar á los encantos de la mocedad por la soledad, es ya un sacrificio heróico; pero ¡abandonar una herencia pingüe, unos padres amantes, unas ternuras justamente merecidas! ¡por encerrarse en el santuario! ¡á los dos años y medio! ¡Caminar con paso alegre al silencio, al retiro, á la privacion, á las vigiliass, á los ayunos, á la austeridad! ¡Oh! Este amor de Dios es más que heróico; semejante sacrificio no tiene nombre; su calificacion no pertenece á los hombres ni á los ángeles, y sólo Dios tiene ciencia bastante para apreciarlo como él lo merece.

¡Qué heroismo! Empieza María por donde han acabado los Santos más distinguidos de ambos Testamentos;

desde que ha puesto sus piés en el templo empieza para Ella una nueva era, no de combate contra el mundo, ni contra el demonio, ni contra sí misma, sino de incrementos en el amor de Dios. ¿Quién es esta niña? «Es, dice Anselmo, una vírgen tierna, delicada, hija de sangre real, hermosísima, que no tiene otra intencion, otro estudio, ni otro amor, que el guardar su cuerpo y alma en la más íntegra castidad.» ¿Qué hace en el templo? Su asiduidad en el trabajo es tan grande, que excedió á la naturaleza; su comida tan parca, que apénas tomára lo necesario para vivir; jamás diera un momento á la ociosidad; los ayunos se sucedian con los dias, y si tomaba algun reposo su cuerpo, estaba en continúa vela su espíritu, ora meditando y repasando lo que aprendia en la oracion y en la lectura, ora previniendo sus acciones.» Abismada toda en el amor de Dios, no sabe pedir á Éste sino que se llegue el momento en que se ha de manifestar á los hombres y los ha de salvar; aquel desprendimiento de las cosas terrenas enseñado más tarde por el Hijo de Dios; aquel desprecio por la sabiduría carnal; aquella ciencia sublime del amor divino enseñada en cada página del nuevo Testamento, las tiene tan profundamente grabadas en sí, que la hacian creer que en los cielos y la tierra no habia más que dos objetos, Dios y Ella: Aquél, grande é inmenso; Ésta, abyecta y despreciable; Aquél para ser amado, Ésta para amar; lo diré de una vez: la humildad, la mansedumbre, la mortificacion, el desprecio de sí misma, la abnegacion, con todas las demás virtudes del Evangelio, fueron practicadas por María desde su misma cuna con tanta perfeccion, que, al contemplarlas el devoto Doctor Bernardo, se vuelve extático á la santa niña, y la dirige estas palabras: «¿Dónde habias leído; oh Vírgen Purísima! que la sabiduría de la carne es enemiga de Dios? ¿Dónde, que no cuidásemos de satisfacer los deseos de ésta? ¿Dónde, que las vírgenes cantan un cántico nue-

vo, que nadie sino ellas puede cantar, y siguen al Cordero á do quiera que vaya? ¿Dónde aprendieras que son dignos de alabanza los que renuncian á los placeres lícitos de la carne por el reino de los cielos? ¿Dónde supieras que hemos de vivir en espíritu, aunque estemos revestidos de un cuerpo carnal?» ¿Dónde? En la escuela del amor divino; desde que María ha empezado á existir, ha empezado á amar del modo más puro y desinteresado; y si en el vientre de su madre se la hubiese mandado sacrificarse por su Dios, el lóbrego claustro se hubiera convertido en radiante ara donde se consumase su inmolacion.

¿Comprendemos acaso cómo pudo suceder así? Difícilmente; pero esta dificultad está en nuestro propio corazon; queremos examinar los hechos grandes por vías de comparacion, y quedamos como atollados en mil dificultades; vemos que á los dos años el hombre no es más que un sér diminuto, sin libertad, sin accion, sin discurso, sin ninguna de aquellas grandes prerogativas que se descubren más tarde; toda su belleza intelectual está encerrada, como el fruto de la granada, hasta que crezca su corteza y se desarrolle con la accion calórica del tiempo; ¿y examinamos la causa de este encarcelamiento de la razon? ¿Pensamos que aquella alma fué herida mortalmente por un padre criminal, que fué condenada á vivir esclava del cuerpo y en una degradante dependencia, en lucha con la carne, en vez de ser aquélla la soberana y ésta el vasallo? Ciertamente no pensamos con seriedad que esta herida es la causa del retardo de nuestro raciocinio; un discurso sabio en un niño de dos años sería una monstruosidad prodigiosa; verlo salir de la casa paterna por encerrarse en la soledad, y alimentarse con raíces silvestres, sería reputado por fábula; verlo saltar de gozo por haber sentido en su espíritu la conviccion de una verdad, produciria en los espectadores un éxtasis;

estos fenómenos no son creíbles cuando queremos probar su existencia por nuestras propias obras; pero trasportémonos á otra region; demos que desaparezca absolutamente la pena del pecado original, venga el alma revestida con la gracia santificante y la justicia primordial, y estos efectos no serán notables por demasiado comunes. ¿No veis lo que pasa en casa de Isabel y Zacarías cuando se presenta María en sus umbrales? Apenas ha abierto ésta sus labios, siente aquélla una gran conmocion en sus entrañas. ¿Quién la causa? La causa un niño de seis meses, que, más fuerte que la naturaleza, da saltos de alegría al verse junto á su Dios humanado; al llegar Éste, es santificado y purificado, desaparecen los impedimentos de la infancia, y apenas ha empezado á crecer, deja la casa de sus progenitores, y cambiando sus cómodas moradas por las áridas montañas, se viste con pieles de camello, se alimenta de langostas y de miel salvaje; no tiene otro techo que el cielo, ni otra cama que la tierra; es, por fin, un retrato de penitencia y austeridad; ¿y por qué? ¿Por qué tanto exceso, dirá el mundo voluptuoso? ¿Por qué tal ódio contra sí? exclamará la carne petulante. ¡Ah! No ha cometido aquel niño ningun crimen; jamás ha ofendido al Sér divino; pero lo ha conocido con tanta perfeccion, ha quedado desde su santificacion tan enamorado de la belleza infinita, que no ha podido fijar su vista ni por un momento en las criaturas, porque sus tesoros, su hermosura, sus encantos, sus atractivos son al lado de Dios ménos que un grano de arena paralelado con la gran máquina del mundo.

Si alguna vez habeis sentido en vuestros corazones los incendios del amor divino; si purificadas vuestras almas habeis mirado con fijeza aquella hermosura infinita que nos convida con su fruicion total; si habeis tenido en vuestra vida alguno de aquellos momentos más que felices en que las cosas del mundo os han parecido nada en

comparacion del Sér divino, y habeis deseado uniros á éste con amor puro, entónces el vivir en pobreza y soledad, el abandonar todos los afectos terrenos, el morir mil veces por Dios, ¿era acaso un sacrificio? ¿Teníais que violentar vuestro espíritu? No; iba éste corriendo hácia Dios como las aguas de los rios van al Océano; herido vuestro corazon con la flecha del amor divino, se precipitaba hácia Dios, como el ciervo sediento vuela hácia los puros manantiales. Pues bien; haced que revivan aquellos nobles sentimientos, revestíos de aquella pureza, y entónces comprendereis por qué María dejó la casa de sus padres por el silencio del templo, por qué á los tres años ya es un portento de amor de Dios; nada os costará creer que su conversacion y sus deseos no respiraban sino amor divino, que su trato familiar era con los ángeles, que éstos la suministraban el alimento, y que con ellos alternaba en las alabanzas de Dios, como lo enseñan San Jerónimo, Jorge de Nicomedia y otros doctores antiguos. Cuánta fuese su familiaridad con el Sér divino, cuán dulce su éxtasis, cuán frecuentes sus arrobos intelectuales, no es dable á nuestra débil capacidad el comprenderlo; baste decir, con el devotísimo Ildefonso, que sólo Dios y los ángeles, con quienes vivia y que la servian como á su reina, supieron apreciar su santidad, su inocencia y candor, y todas las felicidades que resultan de este modo de vivir.

En conclusion de cuanto he dicho sobre el amor castísimo de la niña María para con Dios, debo manifestaros una verdad y resolver una duda. Esta verdad habria de penetrar el corazon de todas las mujeres, y más en el de las madres de familia; pocas de sus hijas nacen con inclinacion al bien; ninguna viene al mundo con aquella gracia que trajo María; pero ¿quién inspira en las almas inocentes el amor á Dios y á la Religion? ¿Quién conserva despues de Dios la inocencia que se recibe en el bautis-

mo? Las madres, los principios sanos. ¡Ah! si éstas inculcasen á sus tiernas hijas sin cesar que el mayor dote de una mujer es la castidad, el pudor y la honradez, el cristianismo no tendria que llorar la degradante posicion que tienen en la sociedad esas mujeres desgraciadas que se prostituyen al crimen por vivir con lujo y ostentacion; no tendríamos que lamentarnos al ver que las ciudades más opulentas sufren el oprobio de ver sus mejores calles manchadas con esas moradas de ignominia; no tendríamos el disgusto de ver al lado de una casa honrada, donde los niños no ven sino ejemplos de virtud, otras que reducen estos ejemplos á quimera por sus palabras, sus ademanes y hasta sus acciones, que, con escándalo de la razon, de la humanidad, del decoro, de la conciencia pública, de las naciones, de la Religion y de nuestras instituciones, vemos realizarse en esta nuestra hermosa ciudad. No dando á las niñas tiernas la educacion que es debida, necesariamente han de prevalecer las perversas inclinaciones sobre la gracia de Dios. ¿Cuánto más sucederá esta desgracia si directamente no aprenden las niñas otra cosa que el amor del mundo, el amor de la hermosura, el amor del lujo y de la vanidad? ¿Qué ha de ser el bello sexo cuando desde su niñez y pubertad no aprende á presentarse en público sino cargada de perfumes, de afeites y hasta de colores postizos? ¿Qué ha de ser, cuando si se le inspira algun pudor, es mezclado de hipocresía, sin enseñarle que en público y en secreto, en las tinieblas y en la luz, hay un ojo perspicaz, el ojo de Dios, que todo lo ve y examina? ¿Qué ha de ser el bello sexo, cuando por sus mismas madres es conducido de teatro en teatro, de sarao en sarao, de reunion en reunion, donde luzcan sus gracias, su falsa hermosura, sus fingidos donaires, sus galas y trajes? Nos admira la corrupcion del siglo; todo hombre pensador teme hoy una gran ruina para la humanidad; mas ¿quién es la causa? Las doctrinas im-

pías, la revolucion de ideas, el cinismo de la filosofía, es verdad; pero estas perversas ideas no se realizarian en gran parte si á las mujeres se las inspirase desde su cuna la fidelidad á Dios, el pudor y la firmeza contra los asaltos de los impúdicos; porque, señores, no nos engañemos: quitad la materia de la sensualidad, y ya no habrá un solo impío ni un solo incrédulo en el mundo, porque hasta hoy no ha habido uno solo de éstos que no haya sido libertino, ó, mejor dicho, que no haya sido impío para ser sistemáticamente voluptuoso. Ahí teneis la verdad que tenía que decir.

He visto surgir en vosotros una duda: al ver el amor puro de María, habeis creido que es inimitable; es un error, porque en la casa de Dios hay muchas mansiones; el amor de María para con Dios fué tan intenso y extenso, que casi queria rivalizar con la naturaleza del divino para con ella; pero al fin era amor limitado; no podemos llegar al punto donde él subió, pero podemos imitarlo; si no deseamos amar á Dios como fue amado de María, nunca tendremos aquel amor de amistad que nos une con Dios; nunca empezaremos á perfeccionar nuestras almas: estamos en medio de un mundo bullicioso y seductor; no importa: San Pablo tambien vivia en este mundo, y nos decia que podemos vivir entre sus riquezas y entre sus glorias sin mancharnos, ántes al contrario, contrayendo más mérito. ¿Cómo? Oid sus palabras: «Tendreis siempre tribulaciones; pero sabed que el tiempo es corto; lo que resta es que los que tienen mujeres sean como si no las tuviesen; los que lloran, como si no llorasen; los que se alegran, como si no se alegrasen; los que compran, como si no poseyesen, y los que usan de este mundo, como si no usasen, porque pasa la figura de este mundo.» Viviendo de este modo, en todos los estados de la vida se ama á Dios y se gana el cielo, que deseo á todos. Amen.